

SOBRE HÉROES Y SUS TUMBAS

El padre en algunas escritoras hispanoamericanas

>MARIOLA PIETRAK*

RESUMEN

Como diría Joseph-Vicent Marqués (1997), no se nace hombre, se llega a serlo. A partir de la paráfrasis de aquella célebre afirmación de Beauvoir, se hace evidente la desnaturalización de la masculinidad, su concepción como construcción social cambiante en función de culturas, momentos históricos y contextos sociales. Asimismo, se pone de manifiesto la crisis a la que se ve expuesta la subjetividad posmoderna hasta entonces encorsetada en la dualidad especular del par masculino vs. femenino.

La caída de este mito, uno de los mayores de la modernidad —la masculinidad hegemónica—, presupone cambios de las conceptualizaciones no solo de la masculinidad misma —ya nunca más singular, siempre plural— sino también de las funciones sociales que derivan de ella. En el caso preciso de Argentina, donde la consolidación nacional hacia el siglo XIX coincide con importantes transformaciones de la familia y su fun-

ción ideológica, su repercusión será doble: interfiere en la visión heroica de los padres de la nación y en las paternidades cotidianas. El objetivo de este trabajo es, pues, analizar la imagen del padre, visiblemente deteriorada, en un *corpus* selecto de narrativas femeninas hispanoamericanas en el marco de estos discursos de la crisis de la masculinidad y la degradación social.

Palabras clave: padre, héroe, crisis de la masculinidad, género, producción cultural.

ON HEROES AND THEIR TOMBS THE FATHER IN SOME LATIN AMERICAN WOMEN WRITERS

Abstract: As Joseph-Vicent Marqués (1997) would say, one is not born a man, but becomes one. As of paraphrase of Beauvoir's famous statement, becomes evident the denaturation of masculinity, its conception as social construction changing according to cultures, historical moments and social contexts. Likewise, it

reveals the crisis that is exposed the postmodern subjectivity, until then corseted in specular duality of the pair male / female.

The fall of this myth, one of the largest of modernity – hegemonic masculinity –, presupposes changes of the conceptualizations not only of masculinity itself – nevermore singular, always plural – but also of the social functions that derive from it. In the specific case of Argentina, where the national consolidation towards the nineteenth century coincides with important transformations of the family and its ideological function, its impact will be twofold: affects the heroic vision of the fathers of the nation and everyday fatherhoods. The aim of this paper is therefore to analyze the image of the father, visibly deteriorated, in a select corpus of Hispanic female narratives within the framework of these discourses of masculinity crisis and social degradation.

Key words: father, hero, crisis of masculinity, gender, cultural production.

* Investigadora de la Universidad Maria Curie-Skłodowska de Lublin, Polonia.

El padre, la familia en general, se ha convertido en figura central en la literatura argentina de entre milenios (Ludmer, 2002; Reati, 2008). La multiplicidad de abordajes y máscaras que se le da en la narrativa actual (pero también en el cine o la pintura; todo tipo de “texto”) tiene su obvia explicación en un contexto como el argentino donde aún hoy miles de personas buscan a su padre o dudan de la paternidad de quien dice serlo, huérfanos al mismo tiempo de la ilusión del Estado protector con la consolidación del neoliberalismo bajo la presidencia de Carlos Menem.

Un contexto más amplio, sin embargo, revela la omnipresencia de la figura paterna en la expresión artística de toda Latinoamérica (Ruffinelli, 2002) y el mundo entero (por ejemplo, en Estados Unidos; Bueno, Caesar, y Hummel, 2000). La mayor parte de estas representaciones, si no todas, exhiben un síntoma común que, con plasticidad maestra, plasma el argentino Fernando E. Solanas en su película *El Viaje* (1992). En una escuela de la ciudad más austral del planeta, Usuahia, van cayendo de las paredes los retratos, (antaño) gloriosamente enmarcados, de los padres de la nación; el caballo de un héroe nacional desaparece en circunstancias misteriosas dejando a su jinete tumbado inerme en el pedestal y una vez repuesto el viento se lleva la estatua... Para Fernando Reati esa decrepitud bajo el manto de paternidades enfermas, fallidas, al final del camino de una virilidad menguante constituye una constante e impacta “ya que el padre es un símbolo universal de autoridad y seguridad: «The father as patriarch, apparently invulnerable, in control, is one of our most

powerful mythologies» (Owen 9)” (Reati, 2008: 184).

La metáfora del progenitor deteriorado permite situar —como lo hacen los críticos hasta ahora citados— la figura (antaño autoritaria) del padre en la intersección de los grandes discursos finiseculares de la crisis de representatividad (tras los fracasos de los gobiernos nacionales en los 90), de la crisis del patriarcado tradicional, de la crisis de identidad como un signo meramente posmoderno (cf. Bauman, 2003), y, por último, de la degradación de la sociedad. El presente estudio se inserta en esta tendencia general sin que se puedan soslayar, sin embargo, las relaciones que se establecen entre la crisis de la masculinidad, la transformación de la imagen del padre y la “disolución de los fundamentos mismos de la sociedad occidental” —la degradación social con la que muchas veces aquellas son identificadas (Forastelli, 2002: 112; Roudinesco, 2004).

En lo sucesivo vamos a intentar dilucidar las conexiones entre estos tres factores y sus manifestaciones en las narraciones actuales teniendo presente en todo momento, que, como dice Jeffrey Weeks en su “¿Héroes caídos? Todo sobre los hombres” (2002), las narraciones son algo más que “metáfora central que ayuda a comprender nuestra búsqueda sin fin de la decodificación del sentido humano”. Las narraciones (también las académicas, Bourdieu) “encarnan los residuos acumulados de múltiples historias, relaciones de poder, recursos y limitaciones materiales y, a pesar de reclamar para sí el peso de la verdad, revelan, en su multiplicidad, muchas verdades posibles” (Weeks, 2002: 143).

1. ¿QUIÉN HA MATADO AL PADRE?

El título de este apartado hace alusión directa al libro de Élisabeth Roudinesco, *La familia en desorden* (2004). En el capítulo del mismo nombre, “¿Quién ha matado al padre?”, la psicoanalista francesa —freudista confesa— analiza los avatares de uno de los mayores mitos sociales del siglo XX: el complejo de Edipo (ödipluskomplex, 1910). Su introducción en el núcleo mismo de la descripción moderna del parentesco, y de ahí en la psique social, tuvo efectos inéditos sobre la sociedad, revolucionando su organización así como la organización de la diferencia de los sexos. Del impacto del complejo de castración y la prohibición del incesto en el pensamiento vigésimo secular da cuenta, nada más, el comienzo esencial y trepidante desarrollo del psicoanálisis mismo y de los varios feminismos preocupados por la identidad, a los que se suman también el antiedipismo de Deleuze y Guattari.

De acuerdo con Roudinesco, en el origen de esta invención de Freud se halla su miedo a la declinación del antiguo poder patriarcal y la necesidad de restablecer el orden aunque fuese introduciendo en el fondo de las estructuras sociales dos grandes elementos: la culpa y la ley moral (Roudinesco, 2004: 93). De ahí que plantee que:

Freud reinventó *Edipo* para responder de manera racional al terror ante la irrupción de lo femenino y la obsesión por la borradura de la diferencia sexual que habían embargado a la sociedad europea de fines de siglo, cuando se extinguían en Viena el poder y la gloria de las últimas

monarquías imperiales. Con la ayuda del mito reconvertido en complejo, Freud, en efecto, restablecía simbólicamente las diferencias necesarias para el mantenimiento de un modelo de familia cuya desaparición en la realidad se temía. En síntesis, atribuía al inconsciente el lugar de la soberanía perdida por Dios padre, para hacer reinar en él la ley de la diferencia: diferencia entre las generaciones, entre los sexos, entre los padres y los hijos, etcétera. (Roudinesco, 2004: 71)

Coincide en este punto con Horkheimer¹ para quien la obra de Freud se inscribe integralmente en su circunstancia histórica específica que, para el caso, era la de una vida familiar burguesa en decadencia como resultado de la relajación de las costumbres en la Viena (y Europa, en general) de la época, demasiado liberal para el gusto del neurólogo austriaco (*apud* Roudinesco, 2004: 84). El “modelo único de familia única”, que ansía como garantía del orden ante tal distensión finisecular, necesitaba de un inconsciente temeroso de desear a quien no debía. Edipo, como bien observa Roudinesco (2004), el hijo culpable no de haber cometido el crimen, sino de ser un sujeto que desea a su madre (68), se convierte en “fundamento de la sociedad, en la medida en que aseguraba una elección de amor normal” (51).

Sin entrar en la maraña de la expresión “amor normal”, fijémosnos en que Freud sanciona la *elección* —por definición libre (3. f. Libertad para obrar, DRAE)— como base de la relación conyugal dando explicación racional (y desarmando así el potencial subversivo del amor romántico) al modelo de la familia afectiva, a la usanza a partir de la década del 1930, pero

con precedentes (y no pocos) ya al menos desde la mitad del siglo diecinueve. Recordemos que el amor romántico, clara revuelta no solo contra el matrimonio arreglado sino también contra el orden capitalista burgués, amenazaba a lo largo del diecinueve y amenazaba doblemente²: asestaba un duro golpe al patrimonio familiar y el golpe final a la autoridad del Padre (desacato de la hija al padre, matrimonio sin consentimiento, fuga del hogar paterno...).

Ante la cada vez más espectacular pérdida del terreno, Freud elige sacrificar a Dios padre en favor del hijo, aun culpable; metáfora, por otra parte, profundamente cristiana (Roudinesco, 2004: 91-92)³. Para ello, no duda en rescatar “la historia de la familia maldita de los Labdácidas” y distorsionarla a su antojo⁴ ya que, dice Roudinesco,

Heredada de los mitos fundadores de la civilización occidental, [...] reenviaba a los hombres de fines del siglo XIX a un malestar estructural que les parecía correlativo de la degradación de la función monárquica del padre. [...] Freud pudo reactualizarla como la expresión de una especie de crisis “sacrificial” del sistema patriarcal. Porque concentraba todos los signos de una suerte de genealogía coja que parecía confirmar la llegada de ese apocalipsis tan temido de una posible borradura de la diferencia de los sexos. (Roudinesco, 2004: 54).

En este contexto, la invención de la familia edípica, el gran paradigma familiar del siglo XX, no puede dejar de entenderse como la fuerza resultante de la crisis del patriarcado y el afán freudiano de contrarrestarlo. Nacería de aquel gesto

sacrificial necesario según Freud ante lo que tenía por degradación social, que comprendía, además, la transformación de “la peor de las familias y la más loca de las dinastías heroicas en una familia normal” (Roudinesco, 2004: 68). Es un sacrificio tan ingenioso como perverso: la hija escapa de Dios padre para volver al padre endiosado por el amor filial.

2. DE PADRES ENDIOSADOS. LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DEL HOMBRE

Podemos decir, pues, que Freud mata al padre no una, sino dos veces. Una, teorizando la declinación del antiguo poder patriarcal (sistema feudal), poco viable ya en la nueva configuración social para levantar sobre sus escombros un mito nuevo: una nueva ficción basada en otra ficción, como se ha visto. La nueva masculinidad, organizada en torno del falo o, mejor dicho, del miedo a perderlo (complejo de castración), va a tener que ser una masculinidad activa, dinámica, siempre en busca de comprobar su propia virilidad.

La segunda muerte viene, precisamente, con esta asimétrica, bipolar, construcción de sexualidades que se impone en el discurso freudiano a partir de 1923, suscitando mucha polémica en el momento inmediato a su formulación⁵. Apenas dos décadas más tarde, Simone de Beauvoir dirá aquel “On ne naît pas femme : on le devient”, corolario directo y la más lúcida síntesis de las teorías de Freud, marcando hito en los estudios que terminarán desmontando las laboriosas construcciones sociales y psíquicas de los géneros sexuales. Hacia el fin del siglo, una serie de trabajos de diversos campos de saber declararán que la mas-

culinidad falicizada no es más que una ficción, una subjetividad fantasmagórica que carece de definición (Connell, 1997)⁶.

Para Silverman (1992; como para Carabí y Segarra, 2000; Forastelli, 2002 y muchos más) es una “ficción dominante”, una creencia ideológica poderosa que sustenta las diferencias de género, la familia y las demás estructuras sociales derivadas de ellas. Pero al mismo tiempo autodestructora ya que, fundada en la dialéctica castrado / no-castrado, trae sobreentendidos el miedo a mutilación y una mutilación obligada, representada por el abismo entre las expectativas sociales —el modelo heteronormativo de una masculinidad muchas veces sublimada, irreal, producido y reproducido por los *mass media*, por ejemplo (cf. *infra*)— y las posibilidades individuales. Ya no es tanto la adquisición por los jóvenes de la masculinidad estándar, como la continua exposición a tener que probarla, a “actuar como un hombre”, lo que crea la fuente inagotable de ansiedad y frustraciones (Badinter, 1993; Marqués, 1997; Alsina y Borrás, 2000: 85). La dramática confrontación entre la imagen fantasmática de un macho conquistador, competitivo, y la naturaleza propia de ser humano, encarna esta perpetua contradicción que se encuentra en la base de la masculinidad falicizada.

La novela *El amor es droga dura* de Cristina Peri Rossi (1999; cualquier novela de Peri Rossi) constituye una perfecta radiografía de esta masculinidad que cae presa de su propia fantasía. Javier, el protagonista, reúne todas las características de lo que en la cultura occidental se entiende por “macho” ejemplar: atractivo, inteligente conquistador de los cuerpos y corazones femeninos, aman-



Atrapada.

te incansable, líder en el sector de fotografía publicitaria... Sin embargo, así como no se escatima en virilidad del protagonista, tampoco se escatiman datos sobre el coste de la misma, tanto más elevado como más moderna, rica sea la sociedad en la que (se) viva⁷. Y es que la vida de “lobo urbano” que lleva Javier tiene el precio de varias adicciones —a tabaco, alcohol, cocaína— y una hipertrofia cardíaca. Todas ganan aún en intensidad cuando conoce a Nora con la compulsión de satisfacción del deseo que siente y que no consigue satisfacer porque, para Peri Rossi (como para el psicoanálisis también), el deseo por definición permanece insatisfecho.

El deterioro de la salud y de la imagen “macho man” de Javier, la degeneración de la sociedad (urbana, en este caso), sirven aquí de canal para codificar la contra-

dicción inherente al sujeto masculino (Saona, 2007). Son modos —sobre todo la enfermedad— reseñados ya extensamente en la literatura especializada (Giddens, 1998: 138-140; Herrera Gómez, 2012). A este cuadro desolador hay que agregarle la violencia que, para Cristina Alsina y Laura Borrás (2000), se vincula de forma palmaria con la masculinidad normativa. Aunque hablan en términos de parámetros que “se han configurado como exigencias de la virilidad”, “discurso de poder que constituye al hombre como sujeto” dominante, esta aflora muchas veces ante el miedo al fracaso, la impotencia para alcanzar el ideal social desfasado (84-85). No se puede dejar de mencionar, en este punto, la película española *Te doy mis ojos* (2003) de la mano de Icíar Bollain y Alicia Luna, que, aun cuando no se ajus-

te al *corpus*, representa uno de los mejores retratos de la masculinidad agresora —y *autoagresora*— existente en el ámbito hispanohablante.

Ahora bien, desde este punto de vista, la “crisis de masculinidad”, declarada por los años 70 del siglo pasado y manoseada actualmente, solo puede entenderse en términos de las dislocaciones que se han producido en las construcciones siempre relacionales de lo masculino y lo femenino⁸. Es decir, como desmitificación de la categoría del “falo” que hasta entonces las mantenía estables y perfectamente delimitadas. Según la proposición contundente de Giddens:

El falo es sólo el pene. ¡Qué turbador y desconcertante descubrimiento ha constituido esto para los *dos* sexos! Las exigencias de poder del macho dependen de una pieza de carne colgante que ha perdido ahora *su específica relación con la reproducción*. Se trata de una *nueva castración*. (Giddens, 1998: 141; subrayado nuestro)

Ello da lugar a dos observaciones. En primer lugar, que la desaparición de este “*versus* fálico” provoca una clara distensión entre los que, como Giddens (Bourdieu, 2000; Forastelli, 2002; o uno mismo), la consideran el fin de un mito, de una ideología al servicio de la dominación masculina⁹; y aquellos que quieren verla como una simple perturbación que atraviesa el sistema de diferencias entre los géneros debido a la globalización, la salida de las mujeres al mercado de trabajo, entre muchas otras razones; una especie de contaminación pasajera de este espacio divisorio, manifiesta

en la feminización del varón y masculinización de lo femenino. En otras palabras, como “crisis de los hombres” —y no “del orden de los géneros y de la heterosexualidad obligatorias”—, donde cualquier sexualidad alternativa podrá verse como heteróclita (Weeks / Forastelli, 2002: 113).

Tal rótulo de desregulación pasajera permite postular la restitución del poder masculino con la simultánea (subliminal) puesta en marcha —mediante los *mass-media*, principalmente— de medidas como la reestructuración de visibilidad de las sexualidades (siempre, sin embargo, con énfasis en lo “típicamente” masculino: fuerza, heroísmo, competitividad..., *vid.* Forastelli, 2002: 113) o la hiperproducción de héroes-modelos que, para Badinter (1993), no son más que sublimación irreal de una masculinidad que da pánico perder (Wayne, Stallone, Statham, etc., estereotipados en función de la época y sociedad que los forja)¹⁰.

Segunda observación. Llama la atención, en todo este discurso de la “masculinidad en crisis”, el poco espacio que se concede a la paternidad —la esencia y el último reducto de la virilidad normativa, como no lo pudo haber expuesto con más claridad Giddens (*vid. supra*). Su aparente ausencia da cuenta de las fuertes tensiones que rodean la “desvirilización” de la procreación en pos de la revolución sexual de los 60 y la reproducción asistida —ahora reivindicada también por los homosexuales, recuerda Roudinesco (2004: 7)—, que afloran y se intentan solventar, en última instancia, con acciones legales (menos subliminales que las discursivas) como las leyes antiaborto o la reciente iniciativa del ministerio alemán para obligar a las mujeres

a revelar la paternidad biológica de sus hijos (EFE, 29 de agosto de 2016)¹¹.

3. CONSTRUCCIÓN DE HÉROES EN ARGENTINA

La literatura argentina reproduce de cerca aquel mito fundante de la cultura occidental —el Edipo— documentando al mismo tiempo el recorrido de la figura paterna de héroe a una masculinidad (fálica) cada vez más enclenque, más renqueante. Con esto nos distanciamos de Sonia Montecino cuando sostiene en su *Madres y huachos: alegorías del mestizaje chileno* (1993 [1991]) que el esquema europeo de parentesco no se adecúa al modelo familiar de las sociedades latinoamericanas en las que la madre ocupa un lugar privilegiado. Nos distanciamos, pero solo en apariencia. Dice la antropóloga chilena:

La cultura mestiza latinoamericana posibilitó, por así decirlo, un modelo familiar en donde las identidades genéricas ya no correspondían ni a la estructura indígena ni a la europea, prevaleciendo el núcleo de una madre y sus hijos. Este hecho interroga a las formas en que se produjeron las identificaciones primarias. ¿Cómo fundaba su identidad masculina un huacho cuyo padre era un ausente? [...] Creemos que la respuesta se anida para la mujer en la constitución inequívoca de su identidad como madre (espejo de la propia, de la abuela y de toda la parentela femenina) y para el hombre en ser indefectiblemente un hijo, no un varón, sino el hijo de una madre (Morandé, 1984). La figura del padre tránsfuga, es también la imagen del poder, un

dominio lejano y masculino que reside en los espacios fuera del hogar (dentro de éste el poder lo detenta la madre). (Montecino, 1993: 50-51)

Sin duda, esta específica circunstancia histórica como lo fue la conquista y luego la Colonia, dio una configuración particular al modelo familiar en el que la ausencia del padre deviene estructural y no se percibe como carencia. Es, de hecho, una ausencia casi ritual que en la literatura del continente se encauza en la gran metáfora de la búsqueda de la identidad (como en la misma película de Solanas con la que se abre estas reflexiones o *Pedro Páramo* del mexicano, Juan Rulfo), búsqueda que actualmente se esparce en varias direcciones sin desplazarse ninguna (Ruffinelli, 2002).

Pero no es dato menor, como la misma Montecino (1993) apunta líneas después, que este modelo de la familia matricéntrica va siendo reemplazado hacia 1880, en el afán del proceso civilizatorio de las clases dominantes, por el “modelo familiar cristiano-occidental, monógamo y fundando por la ley del padre” (51; piénsese en *María* de Jorge Isaacs). Si bien sigue manteniéndose en las clases más bajas, al igual que las “uniones ilegítimas y la siembra de huacharaje”¹² —sigo con Montecino— en la estructura hacendal del campo (52), es este el modelo, y no otro, el que se incluye en el proyecto del desarrollo nacional y, por tanto, se canoniza.

También Ana Amado y Nora Domínguez (2004: 20-22) insisten en que la institucionalización de la familia nuclear coincide con la etapa fundacional del Estado argentino moderno. Es una confluencia que bien explica no solo

el valor fundacional de los “relatos familiares” argentinos (y de otros países latinoamericanos) del siglo XIX, ya extensamente estudiado y comentado (*vid.* Doris Sommers o Margarita Saona, por ejemplo)¹³. Asimismo pone de relieve las circunstancias que sitúan al padre en un lugar singular de cruce entre el ámbito privado y el público: es al mismo tiempo padre de la nación y padre de familia. Dicen las estudiosas argentinas:

En aquellas primeras etapas, cuando la nación perseguía un modelo de ribetes sólidos, la familia era definida, desde el prisma positivista, a través del empalme y la yuxtaposición de cuestiones vinculadas con el sexo, la clase, la raza y sus derivaciones: la procreación biológica y social, la transmisión del patrimonio y la pureza de la sangre. Mientras los hombres de la elite, devenidos ciudadanos en busca del orden y la racionalidad moderna, y en su condición de padres de familia, fundan instituciones de control y conforman un aparato legislativo acorde con los nuevos proyectos (sanción de la Ley de Matrimonio Civil de 1888 y la Ley 1420 de Educación General de 1884, o la creación de Registro Civil de las Personas de 1886), sus hijos y esposas se constituyen en objetos de investigación de las nuevas disciplinas hechas a su medida, como la higiene y la puericultura, y sus cuerpos, en sitios de intervención a través de las políticas que se diseñan e implementan. (Amado y Domínguez, 2004: 21-22)

Naturalmente, agregan, en todo este afán foucaultiano de “idear y regular el destino de la nación”

había cuerpos que despertaban ansiedad e “imaginación intervencionista y disciplinadora”: los cuerpos periféricos de los inmigrantes, los pobres, los homosexuales, los insanos... (Amado y Domínguez, 2004: 22).

La metáfora del “padre de la nación” cobra aquí tintes particulares, más policromía que en las asentadas sociedades europeas. Conferida la potestad política en cuanto fundador (o libertador inclusive), la herencia de la Conquista lo instituirá, además, en padre heroico. Aquellas uniones entre europeos e indias, raras veces institucionalizadas por el matrimonio, derivan en un imaginario en el que el padre —“que podía ser este o aquel español” dice Montecino (1993: 43)— se transforma en padre plural. Es una paternidad genérica que busca ser compensada por una figura paterna, generalmente fuerte, de la escena pública. Esta sustitución del padre del ámbito privado (el español) por otro del ámbito público (criollo, mestizo, argentino) nos permite defender la filiación de la familia argentina con la novela familiar de Freud. Si bien Borges o Cortázar prefieren el Minotauro al mayor neurótico del siglo XX, se trata, al fin y al cabo, de la misma relación conflictiva entre el rey viejo y el príncipe.

El mismo simbolismo late en las disquisiciones de Montecino sobre todo en aquella parte referente a la matriz del machismo chileno (y latinoamericano; Montecino, 1993: 33, 56):

Pensamos que el hueco simbólico del Pater, en el imaginario mestizo de América Latina, será sustituido con una figura masculina poderosa y violenta: el caudillo, el militar, el guerri-

llero. El padre ausente se troca así en presencia teñida de potestad política, económica y bélica. Presencia que llena el espacio que está fuera de la casa; pero que impone en ella el hábito fantasmático de su imperio, aunque sea sólo por evocación o visión fugaz. (Montecino, 1993: 33)

A nosotros nos resulta de interés por cuanto esta específica conjunción de factores influye en una visibilidad de padre / político como patriarca, a ratos excesivamente viril, Talla XXL como con socarronería describe la escritora Zoé Valdés a un político de otras latitudes (*Te di la vida entera*, 1996; resulta sintomático el uso de las referencias sexual-genitales para la descripción, por lo demás concisa, de la política dictatorial de

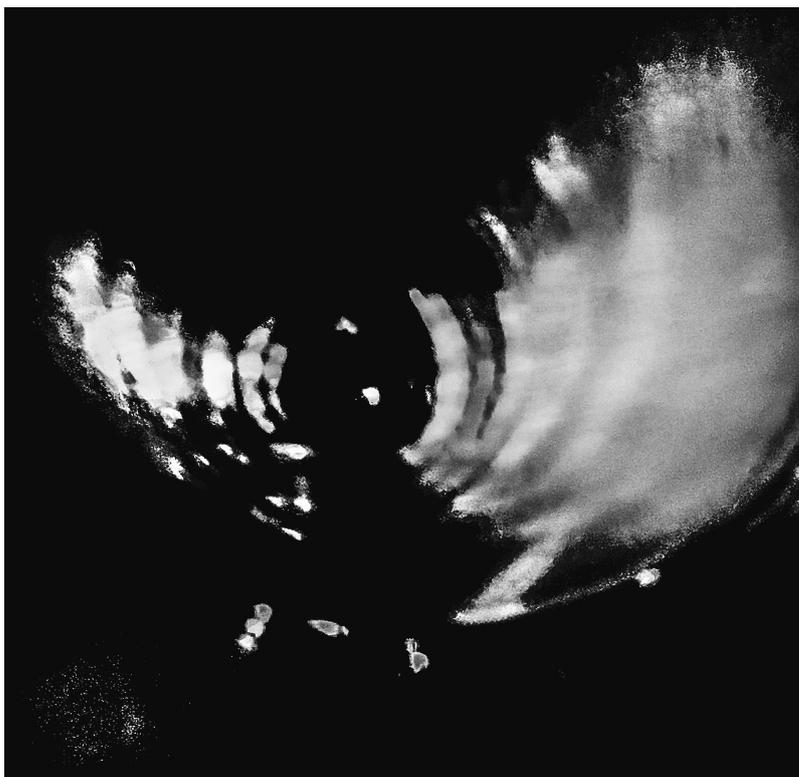
Castro). Tal virilidad alcanza sus máximos con el paternalismo peyorista, visto como la promesa de la liberación del pueblo, y la posterior secuencia de las dictaduras, para decaer hacia su final. Esos rasgos parecen inversamente proporcionales en las paternidades públicas y las paternidades privadas. La literatura de la época da cuenta de que cuanto más excesiva la virilización del espacio público, más débil se muestra el padre privado en su posición social y política desprovisto del poderío que ostentaba anteriormente¹⁴. Pero también, ante la ferocidad del régimen militar, más crece su importancia como referente de identificación.

Las tres figuras paternas que aparecen en *Conversación al sur* de Marta Traba (1999 [1981]) exhiben las características menciona-

das, aunque quizás el caso del padre de Victoria sea el más notorio.

En la vida de Abel, como es su nombre, reconocido médico de clase alta, personificación más lograda de la felicidad y seguridad burguesa, había solo un elemento que desentonaba: su hija. En los tiempos que corrían, la actividad sediciosa de Victoria no solo suponía una deshonra para ciertas clases, para la clase a la que pertenecía; también ponía en entredicho su carrera y su nombre (Traba, 1999: 79). Aun así, actúa con todo su peso en defensa de su hija cuando los paramilitares vienen a por ella al *penthouse* de la familia. Ante su asombro descubre que algo había cambiado, que su antiguo mundo había desaparecido y las cosas se estaban recomponiendo dentro de una nueva lógica donde la masculinidad (fálica) por sí misma ya no daba licencia para dominar. Tampoco la clase. “—Fue una increíble mala suerte que Abel apareciera justo en ese momento”, recuerda Elena, su mujer.

—Si Abel no hubiera aparecido, yo hubiera tenido tiempo de llevar el paquete adentro y esconderlo [...] Porque llegaron en ese momento. Fue algo espantoso. Cuando golpearon de ese modo la puerta, no pude hacer el menor movimiento. [...] Abel se acercó a la puerta y la abrió. Actuaba calmadamente, pero los hombres entraron sin ningún miramiento. Buscaban a la requerida fulana de tal, les importaba un comino que el dueño de la casa fuera un señor muy influyente. Victoria hizo un gesto y la agarraron de ambos brazos. Abel preguntó el nombre del oficial encargado y pidió la orden de allanamiento. Un tipo lanzó una palabrota. [...]



Mirada roja.

Sacaron a rastras a Victoria que gritaba y se debatía. El oficial se llevaba el paquete. Alcancé a ver a Abel pálido en la mitad de la sala, con la mano extendida, diciendo: —Por favor, señores, por favor [...]. (Traba, 1999: 79-80)

La actitud prepotente de señor influyente (macho, pues) deja lugar a una actitud de conciliación, primero, y luego de impotencia y pasividad frente a una autoridad absoluta que se había usurpado el régimen militar. Es la misma que la masculinidad mantendrá más tarde frente a la autoridad social despersonalizada y diluida en un sistema burocrático-mercantil cada vez más anónimo (Bauman, 2003; Giddens, 1994).

La postura de “cabeza gacha” presentan asimismo los padres de Dolores y Enrique, una de las protagonistas y su compañero sentimental, respectivamente. Sin embargo, si este es consciente de la inviabilidad de las categorías de género —y más en una circunstancia histórica así de específica— optando en todo momento por apoyar a su hijo, aquel enferma y se muere continuando con la tradición de la novela de la dictadura (como *El otoño del patriarca* de Gabriel García Márquez, por ejemplo) o el nutrido grupo de creaciones discernidas por Fernando Reati (2008).

4. ¿QUIÉN ES EL PADRE? LA PATERNIDAD EN *ESTA NO ES MI NOCHE* DE PATRICIA SUÁREZ

En todos estos casos se impone una lectura de-construccionista de las categorías sociales como la familia, maternidades o paternidades —de-construccionista no

tanto en el sentido derridiano de la palabra (aunque también), como el sociocrítico o de Bourdieu (1993). En esta línea se inscribe también el volumen de relatos *Ésta no es mi noche* de Patricia Suárez, publicado en 2005. Son catorce cuentos que presentan otras tantas paternidades carentes del poderío de antaño, pero también de las marcas de traumatismos o agonía físicos. Al menos algunas. Parecen ser unas masculinidades neutras, ajenas al discurso de géneros sexuales polarizados de Freud, aunque tampoco acordes con el patrón que se quiere imponer en la actualidad (patrón de padre protector, padre cariñoso, atento, involucrado en el desarrollo emocional y educacional del niño que se intenta imponer desde los medios de comunicación; Majka-Rostek, 2011).

Aquí tenemos al padre “inútil” del cuento “Las ciervas”, que despilfarra en negocios descabellados hasta la herencia materna de la protagonista; padre ausente de “El éxito de los negocios” que permite a la madre sacar beneficios de los casamientos de sus hijas; padre católico que retira a su hija del colegio de monjas después de que una de las hermanas se quedase embarazada (“Las monjas”); padre de dos familias del cuento “Él”; o trabajador servicial —más que padre liberal— retraído en el sillón de su casa y poco enterado de la vida de sus hijas (“Ésta no es mi noche”). No faltan, naturalmente, masculinidades presuntamente perversas —maltratadora una (“Francotirador”) y de rasgos pedófilos la otra (“Profesor”), según se sugiere en los textos—, si bien ninguna cuenta con la aceptación o complicidad tácita de la sociedad otrora “naturales” (vid. Suez, 2012).

Al margen de todas estas paternidades más variopintas, como se ha podido ver, lo que más le parece interesar a la escritora es aquel desplazamiento del orden de los géneros del que hablaban Weeks y Forastelli (cf. *supra*) y todo aquello que de él se deriva. A juzgar por el epígrafe del cuento “Ágata” —“... yo vivía allí tan exitosamente disfrazado ante mí mismo de niño. James Agee” (Suárez, 2005: 97)—, con lo que se ensaña la autora es con las categorías del sentimiento familiar y la niñez, por lo cual también del padre y de los demás miembros de la familia. Hasta ahí parece indicar también el uso de la cursiva para los nombres de los familiares de la protagonista, en ciertos registros reservada exclusivamente, como sabemos, para los términos extranjeros o terminología específica, esto es, para aquellos significados ajenos a los registros familiares. Es una estrategia que rompe la familiaridad del significante y significado, cuestionándolos, pues.

Para ello, la autora se sirve de una historia como muchas en la realidad argentina actual, aunque en ningún momento se diga que Ágata sea una de los tantos niños robados. Al contrario, según se sugiere y como reza la cubierta del libro, Ágata es una adolescente que “desaparece de su casa, pierde la memoria y cuando su familia la encuentra ha olvidado incluso el significado de las palabras «mamá» y «papá»”. Hasta donde su memoria alcanza, pasa tiempo viviendo con un viejo en su granja perdida en la montaña después que llegase allá en circunstancias poco claras. Esto, su nombre y Don Cósimo, a quien llega a querer como a un padre, es la única identidad que tiene y que literalmente explota cuando apa-

rece el hombre que “decía ser *papá*”. En ese momento, “ella se quedó fría y asustada y empezó a gritar [...] Pero *papá* tenía papeles y ella tenía catorce años y al parecer se llamaba *Emma Castellanos* [...] se la llevó sin que ella pudiera opinar ni decir una sola palabra a favor suyo” (Suárez, 2005: 113).

La extraña amnesia que sufre Ágata / Emma la sitúa de entrada en una posición de observadora de las estructuras en las que es injertada a la fuerza. La similitud de su caso con aquellos secuestros sistemáticamente organizados la convierte en una excelente “oyente” del ruido de las estructuras en las que estamos injertados todos⁵. Incorporada a la casa, Ágata / Emma interroga las relaciones entre el concepto de “mamá” y la mujer que se hace llamar así; entre los conceptos “hermana mayor / hermana menor”, “tío / tía”, etc., y toda esta gente que la mira con alegría, pero también con cierta sospecha... ¿Quién era mamá? ¿Aque-lla mujer volcada en la crianza de sus hijas a las que amaba incommensurablemente? (Suárez, 2005: 115). ¿O la que le exigía al padre que como un león “ahuyentara a escopetazos” (término del libro) a los pretendientes de sus hijas velando su castidad? (Suárez, 2005: 107). ¿Quién era el padre? ¿Aquel que pegaba a su mujer “de cuando en cuando, casi como una práctica, como una purga; había hombres que lo hacían”? ¿O aquel que quería inculcarles a sus hijas el amor por los caballos? (Suárez, 2005: 107-108).

En este relato de Suárez ningún concepto es plano ni unívoco. Más bien encierra una multiplicidad de expectativas y significaciones que el oído fino de la

protagonista pone en tensión haciendo opaco aquello que en algunos discursos y en la práctica social se quiere dar en la claridad de certidumbres confirmadas. Rotas las relaciones fáciles o seguras entre los conceptos y las definiciones sedimentadas con varios patrones —algunos anacrónicos, residuales o vigentes otros— la autora arroja al lector a una realidad donde se hace obligatorio redefinir las antiguas categorías sociales. Con esta perspectiva libre de las sombras de los grandes mitos del siglo XX —el de la masculinidad fálica, las dicotomías artificiales—, abre amplio campo para nuevas masculinidades y nuevas paternidades, nuevas feminidades y nuevas maternidades; a un rediseño de las identidades sin las falsas dependencias del otro sexo.

BIBLIOGRAFÍA

- Alsina, Cristina y BORRÁS, Laura (2000) “Masculinidad y violencia”. En: Angels Carabí y Marta Segarra (eds.) *Nuevas masculinidades*. Barcelona, Icaria Editorial: 83-101.
- Amado Ana María y DOMÍNGUEZ, Nora (2004) “Figuras y políticas de lo familiar”. En: Ana María Amado y Nora Domínguez (eds.) *Lazos de familia: herencias, cuerpos, ficciones*. Buenos Aires, Paidós: 13-39.
- Badinter, Elisabeth (1993) *XY, la identidad masculina*. Madrid, Alianza Editorial.
- Ballesteros Isolina (2001) *Cine (ins) urgente: textos filmicos y contextos culturales de la España posfranquista*. Madrid, Editorial Fundamentos.
- Bauman Zygmunt (2003) *Modernidad líquida*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Bollaín Iciar (2003) *Te doy mis ojos*. Drama social.

–Bourdieu Pierre (1993) “À propos de la famille comme catégorie réélisée”. *Actes de la recherche en sciences sociales* (Paris). 100 (1): 32-36.

———, (2000) *La dominación masculina*. Barcelona, Editorial Anagrama.

–Bueno Eva Paulino, Caesar, Terry y Hummel, William (2000) *Naming the Father: Legacies, Genealogies, and Explorations of Fatherhood in Modern and Contemporary Literature*. Lanham MD, United States, Lexington Books.

–Carabí, Angels y Segarra, Marta, eds. (2000) *Nuevas masculinidades*. Barcelona, Icaria Editorial.

–Connell, Raewyn W. (1997) “La organización social de la masculinidad”. En: Teresa Valdés y José Olavarría (eds.) *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Santiago de Chile, Isis y Flacso Chile: 31-48.

–Flax, Jane (1995) *Psicoanálisis y feminismo: pensamientos fragmentarios*. Madrid, Ed. Cátedra y Universitat de València.

–Forastelli, Fabricio (2002) “Masculinidad, homosexualidad y exclusión. Sobre la muestra «Héroes caídos» del Espai d’Art Contemporani de Castelló”. *Dossiers feministes* (Universitat Jaume I, Castellón). 6: 111-126.

–Freud, Sigmund (1991) *Moisés y la religión monoteísta. Esquema del psicoanálisis y otras obras*. Buenos Aires, Amorrortu.

–Giddens, Anthony (1994) *Consecuencias de la modernidad*. Madrid, Alianza.

———, (1998) *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid, Cátedra, Teorema.

–Herrera Gómez, Coral (2012) “La crisis de masculinidad y los «nuevos hombres»”. *LaRed 21* [en línea]. En: <http://www.lr21.com.uy/comunidad/1055105-la-crisis-de-masculinidad-y-los-%e2%80%9cnuevos-hombres%e2%80%9d> [30.08.2016].

–Ludmer, Josefina (2002) “¿Temporalidades del presente?”. *Boletín/10*

(Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria, Universidad Nacional de Rosario): 91-112.

-Majka-Rostek, Dorota (2011) "Zaangażowaneojcostwo-specyfikawspółczesnego wzorca kulturowego" [en línea]. *Kultura i Historia (Kulturowe aspekty ciała, cielesności i płci)* (Uniwersytet Marii Curie-Skłodowskiej w Lublinie). 20. En: <http://www.kultura.ihistoria.umcs.lublin.pl/archives/2786> [30.08.2016].

-Malczuzynski, M. Pierrette (1991) "El «monitoring». Hacia una semiótica social comparada". En: M. Pierrette Malczuzynski (ed.) *Sociocríticas-prácticas textuales-cultura de fronteras*. Amsterdam-Atlanta, GA, Rodopi: 153-174.

-Marqués, Josep-Vicent (1997) "Varón y patriarcado". En: Teresa Valdés y José Olavarría (eds.) *Masculinidad/es. Poder y crisis*. Santiago de Chile, Isis y Flasco Chile: 17-30.

-Martínez Oliva, Jesús (2005) *El desaliento del guerrero: representaciones de la masculinidad en el arte de las décadas de los 80 y 90*. Murcia: CENDEAC.

-Montecino, Sonia (1993) *Madres y huachos: alegorías del mestizaje chileno*. Santiago de Chile, Cuarto Propio.

-Peri Rossi, Cristina (1999) *El amor es una droga dura*. Barcelona, Seix Barral.

-Posternak, Laura (2014) "Familias en crisis y naciones modernas en la novelalatinamericanaafiniseular(1880-1900)". *Exlibris* (Universidad de Buenos Aires). 3: 158-171.

-Reati, Fernando (2008) "De padres muertos y enfermos: paternidades, genealogías y ausencias en la novela argentina de la posdictadura". En: Álvaro Félix Bolaños, Geraldine Cleary Nichols y Saúl Sosnowski (eds.) *Literatura, política y sociedad: construcciones de sentido en la Hispanoamérica contemporánea. Homenaje a Andrés Bello*. Pittsburgh, Universidad de Pittsburgh: 169-187.

-Roudinesco, Élisabeth (2004) *La familia en desorden*. Barcelona, Editorial Anagrama.

-Ruffinelli, Jorge (2002) "Telémaco en América Latina: notas sobre la búsqueda del padre en cine y literatura". *Revista Iberoamericana*. 68 (199): 441-457.

-Saona, Margarita (2007) "La masculinidad en crisis: *El amor es una droga dura* de Cristina Peri Rossi" [en línea]. *Espéculo. Revista de estudios literarios* (Universidad Complutense de Madrid). XII (35). En: <https://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero35/crimascu.html> [12.04.2016].

-Silverman, Kaja (1992) *Male Subjectivity at the Margins*. London and New York, Routledge.

-Solanas, Fernando E. (1992) *El Viaje* [en línea]. En: http://www.pinosolanas.com/el_viaje_info.htm [30.08.2016]

-Suárez, Patricia (2005) *Esta no es mi noche*. Buenos Aires, Alfaguara.

-Suez, Perla (2012) *Humo rojo*. Buenos Aires, Edhasa.

-Traba, Marta (1999) *Conversación al sur*. México, D.F., Siglo Veintiuno Editores.

-Weeks, Jeffrey (2002) "¿Héroes caídos? Todo sobre los hombres". En: José Miguel Cortés, Judith Halberstam, Jesús Martínez Oliva y Jeffrey Weeks (eds.) *Héroes caídos. Masculinidad y representación*. Castelló, Espai diArt Contemporan: 132-195.

NOTAS

1. En *Teoría tradicional y teoría crítica*, Barcelona: Paidós, 2000.

2. Más desde 1846, fecha del matrimonio de los poetas ingleses, Elisabeth Barrett y Robert Browning, uno de los primeros matrimonios por amor (autónomo) documentados y con toda la seguridad el más resonado. Su enlace se considera símbolo de la transfor-

mación del amor y del matrimonio. Para más detalle: J. Markus, *Dared and Done* (New York: Knopf, 1995) o E. Illouz, *Por qué duele el amor* (Buenos Aires: Katz Editores, 2012).

3. Freud desarrolla este aspecto en *Moisés y la religión monoteísta*, tres ensayos escritos entre 1934 y 1938, aparecidos finalmente en 1939. Apunta en el mismo: "la ambivalencia por la cual está gobernado el comportamiento hacia el padre se mostró con claridad en el resultado final de la innovación religiosa. Supuestamente destinada a la reconciliación con el padre-dios, terminó en su destronamiento y eliminación. [...] el Hijo, quien ha asumido los pecados, [devino] él mismo Dios junto al Padre y, en verdad, en lugar del Padre. Surgido de una religión del Padre, el cristianismo devino una religión del Hijo; no ha escapado a la fatalidad de tener que eliminar al padre". Es también donde busca Freud el origen de la representación del héroe, antagonista del padre y su asesino en culquiera de sus figuras (Freud, 1991: 84, 131).

4. Acerca de esta torsión *vid.* Roudinesco (2004: 67, 69-70).

5. Es en la fase fálica (posterior a la fase oral y anal) en la que se articula la diferencia de los sexos configurada en la oposición fálico / castrado. El complejo de castración aflora entonces como miedo a la pérdida del pene, real o imaginaria, en el varón y la envidia del pene en la mujer. Tal disposición de sexualidades presupone que las mujeres han sido castradas identificándose el fantasma de la castración como ausencia. Como observa Jane Flax, este estadio "se caracteriza por una unificación de las pulsiones parciales bajo la primacía de los órganos genitales. Pero, a diferencia de la organización genital puberal, los niños de ambos sexos solo reconocen el órgano sexual masculino y la oposición de los sexos" (femenino siempre en

dependencia polarizada con el masculino-fálico). La noción de la ausencia de la libido (envidia del pene) en la mujer despertó muchas contestaciones al momento, de las cuales las más resonadas, sin duda, serían las de Karen Horney, Melanie Klein, Helene Deutsch, Ernest Jones, entre muchas otras (*vid. Flax, 1995: 10-11*).

6. No dispone de una definición, pero sí de muchos conatos; entre ellos, del mismo Connell (1997), Weeks (2002: 153) o Forastelli (2002: 116). Acerca de las visualizaciones sociales de la masculinidad, *vid. infra*. Para Marqués el principal rasgo de la masculinidad normativa es “ser importante” y su persecución infructuosa convierte al varón en “un loco masoquista que cree estar obligado a ser varón” (Marqués, 1997: 25 y anteriores).

7. Se apunta en la novela: “no tenía ganas de que le pisaran el terreno. A pesar de la aparente sofisticación de las sociedades ricas, él consideraba que eran más salvajes que las llamadas primitivas. En las sociedades primitivas, la escasez obligaba, a menudo, a cierto espíritu de solidaridad y de colaboración. Pero en las sociedades de la abundancia, en cambio, había que acotar el territorio, vallarlo, custodiarlo, eliminar a los rivales, enfrentarse a los enemigos, cerrar el paso a los machos jóvenes dispuestos a derrocar a los jefes y competir duramente por las hembras” (Peri Rossi, 1999: 10).

8. Estaríamos ante una siguiente crisis de masculinidad en la historia moderna del Occidente. Según Bandler (1993), las anteriores tuvieron lugar durante los siglos XVII y XVIII en Francia e Inglaterra (focos de la ideología burguesa) y solo afectaron a las clases dominantes. El profundo malestar de finales del s. XIX parece haberse extendido a otras clases sociales, al igual que el actual que, para la pensadora francesa, surge en los 60 del s. XX. En este, como en otros

varios aspectos, las opiniones están divididas. En el ámbito hispánico, debido a los factores políticos principalmente, la afluencia del estudio del fenómeno recae en las décadas posteriores, los 80 sobre todo. De todas formas, más significativa parece la amplitud temporal del problema o que no le acompañe su respectiva “crisis de feminidad” (y sí de la institución familiar). Recordemos tras Alsina y Borrás (2000: 84) que la diferencia de los sexos es siempre relacional: no se define si no es en relación el uno con el otro.

9. Manifiesta ya en las formas de definir la masculinidad. Alsina y Borrás (2000) parten de la definición de Gilmore —“la forma aceptada de ser un varón adulto en una sociedad concreta” (83)— para terminar diciendo con Bourdieu (2000: 21) que la masculinidad hegemónica “no constituye una esencia, sino más bien una ideología destinada a justificar la dominación masculina. [...] «ser un hombre es, de entrada, hallarse en una posición que implica poder»” (85).

10. Las reacciones surgen al momento y toman varias formas en el arte y la vida (*vid. Martínez Oliva, 2005*). Entre ellos vale la pena mencionar el movimiento mitopoético de hombres de los 80 en Estados Unidos. Inspirado profundamente en el psicoanálisis de Carl Jung, “postulaba una vuelta a la naturaleza y al estado no domesticado del hombre” (Martínez Oliva, 2005: 139). En ocasiones el discurso acerca del malestar masculino recurre a la retórica de guerra hablando de una masculinidad abateda pero, “en última instancia capaz de recuperar el poder y el privilegio, cedidos momentáneamente ante las demandas del feminismo y el movimiento gay. [...] «la masculinidad puede que tenga problemas pero aún sabe cómo salir adelante»” (Penley y Willis, *apud Ballesteros, 2001: 141*). Interesantes observaciones al respecto aporta Connell (1997: 45-46).

11. En www.abc.es/sociedad del mismo día. Es inestimable la ayuda del discurso legal y eclesiástico al proceso de la remasculinización de la sociedad que, a juzgar por este tipo de noticias, estamos experimentando. *Vid.* libros como *Cásate y sé sumisa* de la editorial del Arzobispado de Granada (2013) o el sermón de Mosén Vladimir del 15 de agosto de 2016 en La Bisbal del Penedès.

12. Voz de origen quechua, en todas las acepciones proporcionadas por DRAE designa, tanto como adjetivo como sustantivo, niño huérfano o abandonado por sus padres. En Chile utilizado, además, como adjetivo para describir a “hijo de madre soltera: no reconocido por el padre”.

13. El mismo Domingo Faustino Sarmiento establece relaciones alegóricas entre la familia y la nación argentina en su autobiografía *Recuerdos de provincia* (1850). Para más detalles, *vid. Posternak (2014)*.

14. Un testimonio del poder paterno tradicional, pero con la perspectiva actual de ansiedad e inseguridades que le acompañan, lo constituye la narrativa de Perla Suez. Su novela *Humo rojo* (2012) es un cuadro emocional de las paternidades tradicionales revestidas de poder e importancia por el solo hecho de ser padre, atravesadas, sin embargo, por el conflicto que, como aciaga herencia, echa una sombra en las relaciones paternofiliales de las siguientes generaciones de hombres: padres e hijos ellos mismos. Así a Wilhelm se le hace difícil tener a su hijo porque el único modelo paterno del que dispone es el de su propio padre y es un modelo que “lo atormenta; quiere olvidarlo, pero lo único que puede hacer es escapar de su hijo” (Suez, 2012: 54).

15. Aludimos aquí a la noción de la “escucha” propuesta por la sociocrítica canadiense que M.P. Malcuzyński (1991) desarrolla incorporando a su noción de “monitoring”.